

reseña de libros

Fernando Calderón (Compilador)
**LOS MOVIMIENTOS SOCIALES
ANTE LA CRISIS**
Buenos Aires: 1986 (UNU-CLACSO).
402 pp.



Este libro es el resultado de un año de trabajo conjunto y coordinado de 54 investigadores (...) 10 coordinadores nacionales y un coordinador general. En cada país se realizaron cinco o seis investigaciones que culminaron en monografías sobre los movimientos sociales más relevantes del período actual (...). Los textos de este volumen son las síntesis nacionales de los 10 coordinadores, sobre la base de las investigaciones realizadas en su país (15).

Tales trabajos se realizaron para el proyecto "Movimientos sociales ante la crisis en Sudamérica", bajo el auspi-

cio de la Universidad de las Naciones Unidas (UNU) y el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).

El proyecto central se fundó en la percepción de que, en los últimos diez o quince años, las sociedades sudamericanas han comenzado a responder de un modo históricamente nuevo a los desafíos planteados por su crisis estructural e internacional. En efecto, frente a la paralización del crecimiento industrial, al endeudamiento externo y al colapso de los ensayos políticos (extremos) realizados a partir de 1970, se ha producido, al interior de esas sociedades, una "renovación y transformación de los movimientos sociales seculares" (campesinos, obreros, nacionalistas) y, al mismo tiempo, "la emergencia de nuevos movimientos sociales, múltiples y diversos en sus orientaciones e identidades, que (...) son portadores de nuevos horizontes colectivos" (11). Tales movimientos han demostrado una significativa capacidad "de resistencia a los impactos de la crisis" y también a las diversas formas de autoritarismo estatal. Su presencia y persistencia reclaman, sin duda, un análisis cuidadoso, en extensión y profundidad.

El desarrollo y transformación de los movimientos sociales sudamericanos ha sido paralelo al proceso de desfuncionalización o desarticulación del Estado o/y de los respectivos sistemas políticos. De aquí que se perciba hoy "una mayor distancia entre los movimientos sociales y el Estado y los partidos políticos" (13). Es evidente

que ese distanciamiento (o, lo que es igual, la mayor autonomía relativa de los movimientos sociales) convoca el análisis, fuertemente, de la nueva situación que envuelve al Estado y la clase política en relación a una masa considerable de la sociedad civil. Pero también convoca, sin duda, a examinar "los nuevos horizontes colectivos" de que son portadores esos nuevos (o renovados) movimientos. Sin embargo, el compilador y los investigadores nacionales tendieron a explorar, principalmente, la primera vía de análisis, y no la segunda. Esa es una opción legítima, sin duda, pero que no hace plena justicia a la perspectiva y a la potencialidad histórica de los movimientos sociales mismos. En efecto, el compilador previene:

(...) estos textos pueden ser leídos 'en clave de democracia' (...). Hemos organizado este texto tomando como criterio la posición de cada nación y sus movimientos sociales frente al tema de la democracia (...). En este período de transición resalta como aspecto importante el tipo de relación que los diferentes movimientos sociales establecen con el Estado, y el papel que éste asume frente a las presiones y demandas sociales que brotan de la crisis (...) (12).

La opción elegida parece estar más centrada, pues, en los problemas de transición que se le presentan al Estado y la clase política frente a la crisis y los movimientos sociales exacerbada-

dos, que en los desafíos múltiples que presentan las nuevas potencialidades históricas de los movimientos sociales en tanto que tales. De este modo, la investigación fue conducida no para avanzar en la dirección de las tendencias nuevas, sino para diagnosticar la situación de los problemas viejos.

Con todo, las síntesis nacionales concuerdan en mostrar la presencia de significativas tendencias nuevas. Tras examinar la trayectoria que, en Argentina, tuvieron el movimiento de derechos humanos, los actores barriales, los jóvenes y el rock nacional, el movimiento de mujeres y el sindical-democrático, Elizabeth Jelin concluye: "al encarar el estudio de los movimientos sociales, estamos apuntando a las transformaciones y reformulaciones del sentido común y en las prácticas sociales, especialmente en lo que se refiere a la relación entre vida cotidiana y no cotidiana, y entre lo público y privado (...). Nuestra preocupación básica está en la democratización de la vida social y económica" (41). Y en otra página ya había anotado esto:

Quizás sea hora de volver a mirar los movimientos sociales desde otra perspectiva: no se trataría solamente de nuevas formas de hacer política, sino de nuevas formas de relaciones y de organización social; lo que se estaría transformando o engendrando es una nueva sociedad (...) (21).

El estudio de los movimientos sociales brasileños reveló a Theotonio dos Santos el hecho de que no sólo el desarrollo de las fuerzas productivas genera movimientos sociales significativos, sino que también lo hacen "las carencias y la marginación provocada por ese desarrollo". Por lo tanto, hay movimientos sociales activos "que no admiten una reducción al fenómeno de las clases (sociales) propiamente

dicho" (47). Dos Santos estima que esos movimientos, en sí mismos, no contienen potencialidad revolucionaria, "pero en un contexto de un desarrollo capitalista que no tiene condiciones de satisfacer las demandas más elementales de esos sectores, pasan a tener un contenido revolucionario" (55).

El caso uruguayo puso de relieve, en cambio, otros elementos. Carlos H. Filgueira observó que, bajo el período autoritario, los movimientos sociales uruguayos revelaron fuerza, diversificación, autonomía y espontaneísmo. Sin embargo, al abrirse de nuevo los espacios democráticos y al reconstituirse civilmente el Estado nacional, esos movimientos tendieron a sufrir significativas transformaciones: pérdida de la "igualdad de bases", pérdida de autonomía y espontaneísmo, cooptación por el Estado, etc.

Cabe entonces preguntarse si muchos de estos movimientos sobrevivirán manteniendo las características organizativas, metas y formas de funcionamiento propias del período autoritario. Teóricamente, ello implica indagar acerca de la naturaleza más o menos permanente o bien coyuntural de este avance de los movimientos sociales (...) (65).

La reducción de la "extra-estatalidad" de los movimientos sociales uruguayos al abrirse de nuevo los espacios institucionales, no parece operar, sin embargo, en el caso boliviano, donde la envergadura de los movimientos sociales ha mantenido, en el período post-autoritario, tanto al Estado como al sistema político en una posición desmedrada de embotellamiento. En este sentido, el texto de Roberto Laserna es extraordinariamente claro: en Bolivia, el proyecto de "democracia controlada" propuesto por las fuerzas

opositoras concertacionistas "fue desbordado por el movimiento popular". El mismo movimiento desbordó y liquidó los nuevos intentos golpistas, tanto cívico-militares como militares puros. "Extremando las metáforas, podría decirse que el 10 de octubre de 1982, cuando en presencia del Alto Mando Hernán Siles toma posesión de la presidencia, los militares en realidad se rinden ante el pueblo, pero también ante la crisis (...) no es extraño encontrar, pintarrajeada en la pared de un pueblito del valle, la consigna *Muera la Crisis*" (104-5). A tal rendición militar concurren, dice Laserna, "sujetos colectivos constituidos desde principios de identidad muy distintos, y con historias particulares muy diversas, convocados en una suerte de consenso (...)" (147).

En Ecuador la fuerza de los movimientos sociales parece hallarse equiparada con la de los sujetos políticos institucionalizados. Por lo tanto, Luis Verdesoto se sintió obligado a concluir que "frente a la escisión no voluntaria entre el sistema partidario y los movimientos, los dos deben co-existir como formas de acceso a la política (...) no se trata de encontrar un sector social reconstructor de una sociedad disgregada, sino de permitir que aflore toda la conflictividad subyacente en la sociedad, como 'paso previo al socialismo'" (160). En Perú, Colombia y Venezuela se da una situación relativamente similar a Ecuador, aun cuando en esos países la influencia a corto y largo plazo de los movimientos sociales tiende a ir en aumento. En Perú ese proceso está avanzado: "es absolutamente claro, y basta mirar el panorama actual (...) que los movimientos sociales son productores permanentes de sociedad, de orden. El complejo tejido organizativo del que los cinco movimientos analizados son parte, así lo demuestra (...) muestran una vitalidad

de supervivencia y una capacidad de creación y recreación gigantescas" (220-1).

En general, todos los estudios nacionales fueron hechos con seriedad y a un alto nivel académico, particularmente los de Bolivia y Argentina. Al mismo tiempo, la mayoría basó sus análisis en datos empíricos y en un enfoque teórico que hace abandono de las perspectivas sistémicas y estructuralistas, en tanto éstas "han dejado de lado de alguna manera la comprensión de los movimientos sociales y de otras formas de acción colectivas". En su ensayo final, el compilador critica las teorías dominantes en los años cincuenta y sesenta por esta significativa omisión. En esas teorías, dice, "el Estado era visualizado como el productor de la sociedad, y las élites, como las fuerzas malignas sustentadoras del orden social dependiente; al proletariado, le correspondía cumplir sus metas históricas preestablecidas, su práctica ya escatológicamente concebida (...)" (328). En ellas, pues, el reduccionismo estructuralista impedía analizar las prácticas y movimientos sociales en su propia especificidad y complejidad.

Con relación a ese nivel de análisis y a esa orientación teórica, la síntesis nacional correspondiente a Chile resulta desalentadoramente pobre y obsoleta. El coordinador de esta parte—Guillermo Campero—confiesa en la página 293 que su síntesis "no se trata de un trabajo pleno de rigor, sino de un ensayo general, cuya finalidad sólo es *sugerir* ideas, no necesariamente articuladas entre ellas" (subrayado en el original). El texto en sí da cuenta más o menos explícita de esas "finalidades": se trata de un discurso predominantemente estructuralista que intenta responder a la pregunta de si en Chile existen "verdaderos movimientos sociales" (293). La respuesta es, en general, negativa, porque los movimientos

sociales chilenos del período autoritario no surgieron del desarrollo de la "estructura socio-ocupacional", sino más bien de las masas marginales que fueron enormemente abultadas por el no-desarrollo de esa estructura. No se formaron, pues, actores "clásicos", sino, sólo, "masas relativamente inorgánicas, capaces de producir movilizaciones intermitentes, pero con dificultades para constituirse más fluidamente en actores con una base de interrelaciones permanentes y dotados de una estrategia" (296). Por tanto, si ha habido algún movimiento social, no ha habido ni hay actores o sujetos sociales. No hay verdaderos "actores" mientras no tengan plena cohesión programática, un sistema de alianzas y una estrategia; es decir, los rasgos que son "propios de la política" (301). Por sobre ellos, han sobrevivido, influyentemente, los viejos actores—sindicatos y partidos—que, según lo señala el coordinador, son "organizaciones campesinas de nivel superior (...) núcleos dirigentes de los llamados 'movimientos de pobladores' (...)". O sea: cúpulas tradicionales, en descongelamiento (304). No cabe duda que Campero aplicó a los movimientos sociales chilenos, para su conocimiento e interpretación, un modelo ideal de actor, que es fácilmente identificable con un partido o un sindicato (mejor dicho: con sus cúpulas dirigentes), y con un tipo ideal de acción política. No es extraño, entonces, que no haya logrado encontrar un objeto adecuado de estudio y, prácticamente, haya negado la existencia de movimientos sociales en Chile.

De este modo, no hay consonancia entre la síntesis del caso chileno, y una de las conclusiones globales que derivó el compilador: "aquí se sustenta que en estos espacios de resistencia pequeños, cotidianos y culturales, comienzan a emerger valores y formas sociales

colectivistas, de autogobierno, de solidaridad, de autogestión, etc., que probablemente puedan reconstituir el sistema de oposiciones y viabilizar la reconstrucción de sujetos históricos" (331).

Gabriel Salazar Vergara

Junio, 1987

Hernando De Soto

EL OTRO SENDERO

Instituto Libertad y Democracia. Sexta edición (Perú). Marzo 1987. Pp. 317. Prólogo de Mario Vargas Llosa.



El libro de Hernando De Soto constituye una reflexión crítica que, a partir del análisis de la economía informal urbana de Lima, evidencia la crisis de vigencia de las instituciones legales y pone en tela de juicio la tradición redistributiva de las organizaciones políticas en el seno de una sociedad "mercantilista".

Los capítulos iniciales analizan la informalidad, definida como la "zona de penumbra que tiene una larga frontera en el mundo legal y dónde los individuos se refugian cuando los costos de cumplir las leyes exceden a sus beneficios". De Soto destaca la organización de los informales y su carácter

esencialmente pragmático ("estamos con el gobierno de turno"), su capacidad para "proveer de servicios públicos" a los asentamientos informales; para relacionarse con las autoridades con el objetivo de negociar, presionar o sobornar; para administrar justicia o defender lo adquirido.

El libro toma como ejemplo tres sectores específicos —la vivienda, el transporte y el comercio— donde "los informales han generado espacio y se están adueñando de la mayor parte del mercado, apropiándose de terrenos para vivir y producir, instalándose en las calles como ambulantes para trabajar e invadiendo las vías principales de la ciudad para prestar el servicio del transporte. En todos estos casos han desobedecido abiertamente las disposiciones legales y han desafiado a las instituciones, hasta el punto de crear un forado por el cual el resto de la sociedad está desertando también de la formalidad. A medida que los informales han avanzado, el Estado peruano se ha ido replegando", para finalmente adoptar "una estrategia de retirada permanente".

Como muestra de este fenómeno, la proporción de las viviendas construidas anualmente por los informales pasó de 4 por ciento del total de la construcción anual en 1940, a 69 por ciento en 1985, llegando a representar en esta última fecha el 43 por ciento de las viviendas de Lima. La evolución es análoga en el comercio, en el cual en 1985, por un mercado formal, había cinco informales y un número total de 90 mil vendedores ambulantes, con un volumen total de ventas anuales equivalente a 322 millones de dólares. En cuanto al transporte informal, su predominio es absoluto, ya que ha llegado hoy a representar más del 90 por ciento del transporte público de Lima.

El libro evidencia también la gene-

ración de una normatividad extralegal, como el "contrato de invasión" de las barriadas, "el derecho de apropiación de ruta" por parte de los microbuses, o "el derecho especial de dominio" para el comercio ambulante.

La causa de la informalidad en los tres sectores mencionados deriva, según el autor, "de la institucionalidad legal". En efecto, el análisis empírico muestra que los costos de la formalidad, y particularmente los costos legales no tributarios, absorben 76 por ciento del total del excedente. En particular lo que influye es "el uso intensivo del factor trabajo (que) conlleva un incremento progresivo en los costos de permanencia (en la formalidad) de manera tal que induce a quienes disponen de capital a utilizarlo intensivamente, prefiriéndolo sobre el trabajo".

Pero los costos de la informalidad son igualmente elevados, y explican la trascendencia de la normatividad extralegal, que no es "otra cosa que el desesperado y emprendedor intento de los informales para construir un sistema alternativo a aquel que les había negado su amparo". El autor identifica los costos de la ilegalidad: la necesidad de evitar sanción genera la subcapitalización, impide el logro de escalas de producción óptimas: la clandestinidad prohíbe la publicidad, el acceso a medios de intercambio, y obliga a "invertir una parte considerable de sus recursos en corromper a las autoridades". Por otra parte, la ilegalidad genera costos de transferencias netas: "las actividades informales están continuamente transfiriendo recursos hacia el gobierno y otras instituciones formales: los impuestos indirectos, la inflación y las diferencias de tasas de interés". Por la ausencia de derecho de propiedad, "los informales no aprovechan ni preservan sus recursos eficientemente, (...) no pueden transferir

fácilmente su propiedad, asignarla a sus usos de mayor valor ni ofrecerla en garantía". Por último, sus "organizaciones colectivas no logran compensar su extralegalidad".

El no poder aprovechar el sistema contractual tiene también sus costos: imposibilidad de realizar ciertas transacciones, mayor costo del dinero, limitada capacidad de coerción, exceso de diversificación de las fuentes de abastecimiento y lugares de ventas. Finalmente, la ineficiencia del derecho extracontractual aumenta los costos de las actividades informales para el resto de la comunidad, como lo evidencia el alto índice de heridos y muertos en los transportes colectivos.

Los costos excesivos de la formalidad y los riesgos de la informalidad son, para De Soto, la causa de la baja productividad de la economía, de la disminución de la inversión, de la ineficiencia del sistema tributario y de la carencia de progreso tecnológico. Esto obedece al hecho de que "entre quienes formulan la ley en nuestro país existe una tradición de utilizar el Derecho como instrumento para redistribuir la riqueza y no para facilitar su creación". Por ende "un Derecho formulado con fines exclusivamente redistributivos no favorece ni a los ricos ni a los pobres, sino a los que están mejor organizados para acercarse al poder".

La tradición redistributiva no es privativa del Perú o de América Latina, sino que corresponde al "mercantilismo" que caracteriza buena parte del Tercer Mundo: "si bien los actores de nuestra vida económica —el Estado, la empresa privada y los consumidores— son los mismos que en una economía de mercado, la relación entre ellos es (...) esencialmente mercantilista". Las fuerzas políticas que a derecha o izquierda están proponiendo programas políticos destinados a consolidar o

reformular una economía de mercado se equivocan, porque "el Perú no es una sociedad liberal; es una sociedad mercantilista".

El autor propone, a partir de este análisis, una peculiar agenda para el cambio: simplificar el funcionamiento de las instituciones legales, descentralizar, delegar responsabilidades a los particulares, reformar drásticamente el poder judicial e instaurar el sistema de los jueces de paz, hacer que la generación del derecho sea transparente y controlable, y generalizar la práctica de análisis de costos-beneficios.

El lector chileno se preguntará si el nuevo liberalismo que propone el autor no tiene alguna analogía con el régimen militar actual. A esta objeción, Vargas Llosa responde en el prefacio de este libro, aludiendo directamente a Chile: "La libertad es una sola y ella es obviamente incompatible con regímenes autoritarios o totalitarios. La libertad económica es la contrapartida de la libertad política y sólo cuando ellas se funden en una unidad, como el anverso y reverso de una moneda, son operativas y genuinas".

Este libro brillantemente escrito, bien documentado y original, tiene el doble mérito de enfrentar los problemas actuales del Perú —y quizás de América Latina— en forma lúcida, y de sentar las bases de un programa político para una sociedad pobre en el marco de la democracia. Constituye, pues, una invitación a la reflexión y a la polémica. Es una lectura obligatoria no sólo para los expertos en la "informalidad", sino para todos quienes están en la búsqueda de salidas políticas para América Latina, cualesquiera sean sus opciones políticas o ideológicas. Por lo demás, el autor no esconde su objetivo de convencer a la derecha de renunciar a sus prejuicios (frente al pueblo o los informales), que "han servido históricamente para justificar

una discriminatoria redistribución de lo poco que tenemos de acuerdo a los criterios de pequeños grupos de interés"; y, por otra parte, tampoco oculta su intención de convencer a sus "amigos izquierdistas" de que "convertir la lucha de clases en una lucha a favor de un empresariado y una iniciativa populares, es una aventura intelectual digna de los mejores hombres".

El libro está sin duda a la altura de los ambiciosos objetivos del autor y de su éxito editorial: en seis meses seis ediciones, y más de cincuenta mil ejemplares.

FRANZ VANDERSCHUEREN

François Dubet

LA GALERIE: JEUNES EN SURVIE

Paris: Fayard, "Mouvements", 1987, pp. 503*.

François Dubet

*La galerie:
jeunes
en survie*

Fayard

Sentíamos claramente que se formaba alrededor de las grandes ciudades lo contrario de un cinturón rojo, una zona difusa de cesantía, de desorganización urbana y de delincuencia. Pero

hasta aquí los discursos sobre esta realidad eran extrañamente irreales. Unos hablaban de marginalidad o de crisis, y soñaban con la manera de insertar a los jóvenes sin empleo y sin perspectivas. Otros, hablando de exclusión, se convertían en denuncia-dores, pero tanto unos como otros reducían a estos jóvenes vagos a ser no-actores, zombies de arrabal, víctimas o responsables de su débil participación social. Después de haber leído a François Dubet, que ha coordinado largas discusiones de grupo y una intervención sociológica con jóvenes, franceses de origen o inmigrantes, en los alrededores de París y Lyon y, en particular, en Champigny y Miquettes, surge una imagen completamente diferente.

En primer lugar, no es que estos jóvenes vagos vivan al margen de un mundo que estaría, en sí mismo, sólidamente instalado en su trabajo y sus creencias. François Dubet ha trabajado con adultos y con jóvenes, y ha encontrado que los primeros están más atrapados por la crisis, por la pérdida de sentido y de esperanza, que los segundos. No puede decirse solamente que tal juventud sea el producto de una sociedad en crisis: es una expresión demasiado imprecisa. Estos jóvenes no integrados manifiestan más bien la descomposición del mundo obrero, de su cultura, de su trabajo y de sus combates, como lo muestra la fascinante comparación entre jóvenes de Seraing, en el corazón de una Wallonia en crisis pero todavía fuertemente obrera, y aquellos de los arrabales de nuestras metrópolis, donde las referencias a la clase obrera han desaparecido.

En seguida, esta investigación nos hace escuchar, detrás del silencio y la fuga de esos jóvenes, muchas voces que se mezclan y se contradicen. Primero, aquella de la descomposición de los referentes sociales, pero también de las

* Traducido de *Le Nouvel Observateur*, No. 1166 de 1987, por Guillermo Garay.

pandillas y aun de la sexualidad. Luego, aquella de la exclusión, de la frustración y de la búsqueda de negocios más o menos ilegales que permitirían salir del encierro. Aquella, todavía y sobre todo, de la rabia que alimenta una violencia destructora y autodestructora que se expresa en el *hard rock* y en la cultura *punk*, especies de rebeldías carentes de objeto y de organización. Aquella, en fin, que se da algunas veces, pero casi únicamente entre inmigrados, de la voluntad individual y colectiva de cambiar la vida. Así, eso que parecía un mundo marginal y vacío se muestra más bien como un lugar de paso donde se cruzan y chocan un sobre-consumismo cultural, una sub-integración social y una ausencia de historia que hacen ver en aquellos que hoy aparecen como vagos, una nueva versión de esas clases peligrosas que metían miedo a las buenas gentes de principios de siglo pasado, en las que se mezclaba el crimen y las primeras manifestaciones de la revuelta obrera.

Los optimistas que buscan la integración social, y los pesimistas de la sociología puramente críticos, creían con la misma ingenuidad en la existencia de una sociedad consciente y organizada. François Dubet, mucho más cerca de los hechos, destruye esta interpretación arbitraria; al mismo tiempo, en el corazón de la desorganización —aquella de ideologías y de ciudades— descubre formas primitivas de innovación y de protesta mezcladas, de negación y de afirmación inseparables. Hace falta escuchar el vaivén confuso que agita las bambalinas de una historia cuyo escenario está todavía vacío, sin caer ni en las ilusiones de la buena voluntad ni en las falsas certezas de aquellos que ni siquiera observan a los actores sociales para comprender las razones de sus actos.

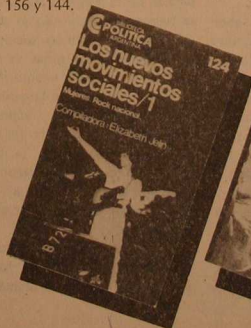
François Dubet retoma la gran tradición de la sociología; es observando

atentamente lo que está escondido, secreto, prohibido, que se descubre mejor el sentido de la vida social. La verdad se encuentra más a menudo en la sombra que a plena luz. Libro ejemplar, gran libro en verdad, donde una vasta cultura sociológica se une a admirables invenciones metodológicas y a una perfecta justeza de tono. En las ciencias sociales como en los tímpanos de las catedrales, en el infierno más que en el paraíso, es la carencia más que la posesión lo que revela el sentido de nuestras conductas. Esta galera no está lejos del pakebote del consumismo; ella es un pasaje obligado para todos nosotros que transitamos, desorientados, desde una sociedad donde ya no estamos a otra donde no estamos todavía.

ALAIN TOURAINE

Elizabeth Jelin (compiladora)

LOS NUEVOS MOVIMIENTOS SOCIALES. Vol. 1: Mujeres. Rock nacional; Vol. 2: Derechos humanos. Obreros. Barrios. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, Biblioteca Política Argentina Nos. 124 y 125. 1985. Pp. 156 y 144.



Los ocho artículos que reúnen estos dos volúmenes fueron presentados en el Seminario sobre Movimientos Sociales en la Argentina, llevado a cabo en el CEDES (Centro de Estudios de Estado y Sociedad) el 9 de marzo de 1985. El primer volumen incluye una introducción al estudio de los movimientos sociales en la Argentina contemporánea, por Elizabeth Jelin, y dos artículos comentados, uno sobre las mujeres en la transición a la democracia (a cargo de María del Carmen Feijó y Mónica Gogna); otro acerca del movimiento juvenil generado alrededor del rock nacional (por Pablo Vila). El segundo volumen incluye artículos —también comentados— sobre el movimiento de derechos humanos en la Argentina (por María Sonderreguer), sobre el movimiento sindical (por Héctor Palomino), y tres artículos sobre movimientos barriales (por D.R. García Delgado y Juan Silva; por M. Inés González Bombal; y por Luis Fara).

Las monografías intentan complementar o superar las carencias de los enfoques teóricos de carácter estructuralista, dominantes en las Ciencias Sociales desarrolladas en Argentina, y en toda Latinoamérica, hasta la década de los 70. También se apartan de un

modo de análisis tradicional que, desde fuentes históricas o empíricas, se centró en el movimiento obrero y en sus destinos. Con la crisis de los modelos de industrialización y del sistema cultural industrial que los acompaña, han surgido en nuestras sociedades comportamientos de acción colectiva que evidencian el surgimiento de nuevos actores sociales, junto a la reactivación de otros más tradicionales. Estos nuevos actores emergen con una postura crítica hacia el Estado y el sistema político —en términos de sus carencias como sistemas de representación y participación social—, y demandan su incorporación al sistema en su conjunto, como sujetos políticos.

Parecería que los propios movimientos sociales, más que las interpretaciones analíticas, van mostrando un abanico de virtualidades a través de nuevos conflictos, en los que se evidencia el fracaso de los autoritarismos y de las concepciones totalizadoras, y se señalan las posibilidades de cambio de las condiciones sociales de gran parte de nuestras sociedades latinoamericanas.

Pero, ¿realmente es así? Los movimientos sociales ¿constituyen las vías alternativas, las válvulas de (ex)presión cuando los canales institucionales están cerrados?

Leyendo la literatura reciente sobre movimientos sociales y políticos, surgen tres maneras de encarar la relación entre movimientos sociales y contexto político-social. Una primera es la visión incremental y finalista: los movimientos sociales surgen en forma relativamente espontánea, o articulados por otros agentes sociales o políticos; y son éstos los que los aglutinan y logran darles dirección política en una perspectiva de transformación social. Una segunda visión toma en cuenta la crisis de las instituciones políticas tradicionales (partidos, parlamento) y

descubren en los movimientos sociales las "nuevas formas de hacer política", con actores sociales no tradicionales: jóvenes, mujeres, territorio. En tercer lugar, podemos mencionar una visión más "culturalista" y social: estos movimientos sociales nuevos no deben ser interpretados en clave política (entendida como lucha por el poder), sino como prácticas centradas en la construcción de identidades colectivas y de reconocimiento de espacios de relaciones sociales.

Desde esta tercera perspectiva, el énfasis se sitúa en las identidades, formas de acción y contenidos. ¿De dónde surge esta novedad social? ¿Cuál es su pronóstico en términos de permanencia y/o de dirección o cambio? Es en este contexto de contrastar, ponderar y sopesar las visiones cíclicas y recurrentes que privilegian los aspectos constantes en el tiempo histórico argentino, por un lado, y las que revelan el descubrimiento de tendencias recientes y novedosas, por otro, que se inscriben los trabajos monográficos sobre los movimientos sociales en la Argentina reciente que aquí se presentan.

Las áreas de indagación se eligieron sin presuponer movimientos sociales ya constituidos. Más bien, el punto de partida fue la pregunta acerca de cómo se fueron constituyendo (o abortaron en el proceso) actores sociopolíticos no tradicionales. Algunas de las áreas no parecían requerir una justificación: su propia presencia en la escena histórica contemporánea imponía la necesidad de su análisis. En otras, la situación fue opuesta: la tarea de indagación se orientó a seguir el proceso por el cual se podría, o no se podría, crear un nuevo espacio y un nuevo actor.

Quizás el caso más claro de un movimiento social en formación durante los años de la dictadura, sea

el movimiento por los derechos humanos. Internamente, el movimiento es heterogéneo: sobre la base firme y persistente de los compromisos familiares, se fueron agregando otros actores, otros personajes, que se acercaron desde distintos orígenes y con diversas identidades (cristianos, políticos, intelectuales; la población en general). Lo que surge del seguimiento de estas acciones colectivas es cómo, a partir de un ataque frontal a los derechos más elementales, se generó un movimiento que introdujo una dimensión ideológica nueva en el debate político: la consideración ética, orientada hacia el Estado.

En alguna medida, los movimientos de barrios populares presentan rasgos opuestos al de derechos humanos. El contenido de sus demandas y reivindicaciones es manifiestamente limitado y específico a las condiciones de vida; su contrincante, por lo menos en teoría, no siempre está representado por el Estado, como es el caso de las organizaciones de autoayuda o cooperativas. Además, no queda claro si estas acciones son de carácter y significado político. En la coyuntura analizada, lo que se dio fue la confluencia de tendencias contradictorias entre los intentos políticos de privatización de las demandas, y una creciente presencia del Estado en la representación de la vida cotidiana.

Respecto a las mujeres, y al igual que en el caso de los jóvenes, interesa estudiar a los actores no como activistas y militantes de movimientos e instituciones, sino en tanto su participación les va dando una identidad propia. Con una condición adicional: no se trata de una identidad limitada a la condición genérica, sino de una identidad crítica y cuestionadora del orden vigente, transformadora de la vida social y política.

El movimiento obrero, tradicional y

de gran fuerza en el campo de la organización social, se caracteriza actualmente por un estado de fluidez; a las demandas de democratización formal se agrega —a veces contradictoriamente— una demanda de democratización más profunda, cuya manifestación es la dinámica de las elecciones sindicales.

Lo que se anticipa es un quiebre del monolitismo; una pluralidad de tendencias que, si bien indica mayores espacios de expresión, también puede dificultar la unidad sindical. Estos cambios abren numerosas interrogantes hacia el futuro del movimiento.

Finalmente, están los temas ausen-

tes, sea por carencia de información o por criterio de realidad. Al respecto, es preciso señalar que una de las limitaciones de este conjunto de trabajos es que todos los movimientos a los que se refieren son urbanos, y fundamentalmente porteños. No hay movimientos o actores rurales, no está el interior del país, no están las regiones.

ALEX ROSENFELD